



Ruth





Ruth

ELIZABETH GASKELL



d'Época
editorial

I

APRENDIZ DE COSTURERA



xiste una pequeña ciudad, en uno de los condados del este, a la cual los Tudor confirieron un gran prestigio, y gracias a cuyos favores y protección alcanzó un grado de importancia tal, que asombra al viajero moderno.

Cien años atrás su aspecto era de una majestuosidad pintoresca. Las antiguas mansiones, residencias temporales de aquellas familias del condado que disfrutaban de la animación de una ciudad de provincias, abarrotaban las calles otorgándole esa apariencia irregular pero ilustre que aún encontramos en las ciudades belgas.

Las fachadas de las viviendas conservaban una riqueza característica por efecto de los frontones y chimeneas que destacaban en el azul del cielo. Bajando la mirada la atención se centraba en toda clase de proyecciones en forma de balcones y miradores; y era gracioso observar la infinita variedad de ventanas apretujadas en las fachadas, construidas

mucho tiempo antes de que los impuestos del señor Pitt entrasen en vigor*.

Las calles colindantes sufrieron todas aquellas proyecciones y realces prominentes; eran oscuras, mal pavimentadas con grandes guijarros redondos y desordenados, y privadas de aceras; no contaban con postes de alumbrado para las largas noches de invierno; no existía por tanto miramiento alguno hacia las necesidades de la clase media que no se desplazaba en carrozas de su propiedad ni en berlinas guiadas por cocheros hasta la misma entrada de las viviendas de sus amigos. Los profesionales y sus mujeres, los comerciantes y sus esposas y todas las personas de igual condición social, se movían a pie, corriendo un gran peligro tanto de día como de noche: los carruajes largos, lentos y poco manejables, los empujaban contra las paredes de las callejuelas angostas. Los fríos edificios proyectaban el último tramo de escalera casi hasta la calzada, obligando a los peatones a exponerse a un peligro, que eran capaces de evitar por escasos veinte o treinta pasos.

Más allá de esto, de noche, la única iluminación deslumbrante y llamativa provenía de las lámparas de aceite colgadas sobre las puertas de las mansiones más aristocráticas, haciendo visibles a los viandantes durante un breve trecho de calle, antes de ser nuevamente engullidos por la oscuridad donde no era infrecuente que los ladrones estuvieran aguardando a sus presas.

Las tradiciones de aquellos tiempos pasados, incluso en el más pequeño detalle, permiten comprender con más

*William Pitt (1759-1806). Ocupó el cargo de primer ministro de Gran Bretaña en dos ocasiones. En política interna intentó sanear la deuda pública introduciendo nuevos impuestos y endureciendo algunos de los ya existentes, como el de las ventanas de los edificios. (N.T.)

claridad las circunstancias que contribuían a la formación de los caracteres. La vida cotidiana en la que las personas nacen y en la que son absorbidas incluso antes de ser conscientes, crea costumbres que sólo una de cada cien tiene la fuerza moral para despreciar y romper en el momento adecuado —es decir, cuando surge la necesidad interior de acometer una acción individual superior a cualquier convencionalismo externo—. Por ello es necesario conocer cuáles fueron las costumbres domésticas, las riendas que guiaban a nuestros antepasados, antes de que aprendieran a caminar solos.

Lo pintoresco de aquellas antiguas calles, por desgracia, se ha perdido. Los Astleys, los Dunstans, los Waverhams —nombres de gran poder en aquel distrito—, viajaban regularmente a Londres para asistir a frecuentes fiestas, por lo que vendieron sus residencias en el condado hace ya cincuenta años o más. Y una vez que esta pequeña ciudad perdió su atractivo para los Astleys, los Dunstans, los Waverhams, ¿cómo podemos pensar que los Dombilles, los Bextons y los Wildes, continuarían yendo a pasar el invierno en sus casas de segunda categoría, viendo sus gastos aumentados? Así, de un plumazo, las grandiosas casas antiguas se quedaron vacías; después, los especuladores se aventuraron a su compra transformando las mansiones desiertas en muchas viviendas pequeñas adaptadas a profesionales. ¡O incluso (lo digo en voz baja, por temor a que el espíritu de Marmaduke, primer barón de Waverham, pueda oírme) en tiendas!

Aún así, esto no fue tan drástico si lo comparamos con las siguientes innovaciones. Los comerciantes se dieron cuenta de que las calles oscuras y con una luz tenue —aunque en su momento a la moda—, ahora no hacían resaltar lo

mejor de sus mercancías; el cirujano no veía con claridad suficiente para poder extraer los dientes de sus pacientes; el abogado tenía que encender las velas una hora más temprano respecto a cuando vivía en una calle más plebeya. En resumen, de común acuerdo, la fachada de un lado de la calle fue derribada y reconstruida al estilo sobrio y modesto de Jorge III. Pero el cuerpo de los edificios era demasiado macizo para someterlo a ninguna alteración. Así los viandantes, después de pasar por delante de un comercio con un aspecto ordinario, se veían ocasionalmente sorprendidos al encontrarse a los pies de una imponente escalinata esculpida en roble, iluminada por una vidriera coloreada, y adornada con fastuosos escudos nobiliarios.

Muchos años atrás, en lo alto de una de esas escalinatas —junto a una vidriera (a través de la cual la luz de la luna se filtraba con esplendor variopinto)— encontramos a Ruth Hilton subiendo sofocadamente las escaleras en una noche de enero. Digo noche, pero en rigor era madrugada. Las dos en punto de la mañana repicaron en las viejas campanas de St. Saviour. No obstante, en el cuarto en el cual Ruth se adentró, se hallaban sentadas cosiendo afanosamente —como si les fuera la vida en ello—, más de una docena de muchachas, sin atreverse a bostezar o mostrar cualquier manifestación de somnolencia. Emitieron sólo un leve suspiro cuando Ruth, de vuelta de un encargo, comunicó a la señora Mason que ya era de madrugada; sabían que por muy tarde que se mantuvieran en pie, el horario de trabajo del día siguiente comenzaría igualmente a las ocho, y sus jóvenes brazos estaban ya demasiado fatigados.

La señora Mason trabajaba con ahínco, tan duro como cualquiera de las aprendices. Aunque era ya casi una anciana, su laboriosidad era infatigable, y además, las ganancias

eran para ella. Sin embargo, incluso la propia señora Mason comprendió que era necesario un poco de reposo.

—¡Señoritas! Haremos una pausa de media hora. Toque la campana señorita Sutton. Martha les traerá pan, queso y cerveza. Háganme el favor de comer de pie —lejos de los vestidos— y espero encontrarlas con las manos limpias y listas para el trabajo cuando esté de regreso, en media hora —dijo de nuevo con voz estentórea; después salió del cuarto.

Fue curioso observar cómo las jóvenes aprovecharon al instante la ausencia de la señora Mason. Una rolliza muchacha —con aspecto particularmente somnoliento— reclinó la cabeza sobre los brazos cruzados quedándose dormida en un momento. Rehusó incluso despertarse para tomar su porción de cena, pero se levantó de un salto con la mirada asustada al escuchar el eco de los pasos aún lejanos de la señora Mason que subía la escalera. Dos o tres señoritas se apretujaron contra la pequeñísima chimenea, que —con el máximo ahorro de espacio y sin la más mínima pretensión ornamental— fue encastrada en la pared sutil y modestamente por el entonces propietario, para subdividir el ambiente del gran salón de la mansión. Algunas emplearon el tiempo en comer el pan y el queso con un movimiento de mandíbula rítmico e incesante (y con una expresión en su rostro estúpidamente plácida), similar al que se puede observar en las vacas que rumian en el primer prado por el que se acierte a pasar.

Varias de ellas alzaron con admiración el precioso vestido de baile que estaban confeccionando, mientras otras, examinándolo, lo juzgaban a modo de verdaderas profesionales. Otras se estiraron haciendo movimientos disparatados para aliviar sus músculos exhaustos; otras pocas dieron rienda suelta a todo tipo bostezos, estornudos y golpes de tos que habían reprimido por largo tiempo en presencia de la señora Mason. Pero Ruth Hilton brincó hasta la amplia y vieja ven-

tana apretándose contra ella como un pájaro presiona contra los barrotes de su jaula. Abrió las cortinas y contempló la noche tranquila esclarecida por la luna. Estaba doblemente iluminada —casi tanto como el día— pues la nieve, que caía silenciosamente desde la noche anterior, lo había cubierto todo con un espeso manto. La ventana se encontraba en una cuadrada oquedad; las viejas placas de vidrio, pequeñas y raras, habían sido remplazadas por otras que daban más luz. A poca distancia, las ramas ligeras de un alerce ondeaban suavemente en la brisa de la noche apenas perceptible.

¡Pobre viejo alerce! Habían pasado los buenos tiempos en los que reposaba en un bello prado con la hierba tierna acariciando suavemente hasta su mismo tronco. Ahora, el prado estaba dividido en escuálidos patios traseros, y el alerce se encontraba aprisionado y circundado por planchas de piedra; la nieve se depositaba pesadamente sobre sus ramas y de tanto en tanto caía silenciosamente al suelo.

Las viejas cuadras habían sido ampliadas dando lugar a una calle lúgubre, en la que casas del más mísero aspecto colindaban espalda con espalda con las más antiguas mansiones. ¡Y sobre todos estos cambios, de esplendor a miseria, se inclinaban los cielos púrpuras con su inmutable belleza!

Ruth presionó su frente caliente contra el frío cristal y apretó los ojos doloridos para contemplar aquel cielo espléndido de la noche invernal. Sintió el fuerte impulso de coger un chal, colocárselo alrededor de la cabeza, y salir a gozar de aquella maravilla. En otro tiempo habría seguido inmediatamente aquel impulso, pero sus ojos se llenaron de lágrimas y permaneció inmóvil soñando con los días pasados. Mientras sus pensamientos vagaban lejanos, inmersos en el recuerdo de las noches del enero pasado —igual a este y sin embargo tan diferente—, alguien le tocó el hombro.

—Ruth, querida —susurró una muchacha que se había hecho notar, sin pretenderlo, por un fuerte ataque de tos—, ven a comer algo. No te haces idea de cuanto ayuda a superar la noche.

—Una carrera, una ráfaga de aire fresco me haría mejor —dijo Ruth.

—No en una noche como ésta —replicó la otra, temblando sólo de pensarlo.

—Y ¿por qué no en una noche como ésta, Jenny? —respondió Ruth—. ¡Oh! ¡Cuántas veces en casa salía a la carrera por el sendero que lleva al molino, sólo para ver los carámbanos colgar de la enorme rueda! Y una vez fuera, era difícil encontrar una razón para volver, ni siquiera para estar con mi madre, que yacía sentada al lado del fuego. Ni siquiera para estar con mi madre —repitió con tono bajo y melancólico del que se desprendía una tristeza indescriptible.

»¡Bah, Jenny! —dijo sobreponiéndose, pero no antes de que sus ojos nadasen en lágrimas— admítelo, esas viejas casas lúgubres, odiosas y ruinosas, no han estado nunca... ¿cómo expresarlo?... tan bellas como lo están ahora, recubiertas de esa suave capa pura y delicada; y si no están embellecidas hasta ese punto, piensa cómo deben estar los árboles, la hierba y la hiedra en una noche como ésta.

Jenny no compartía la admiración de Ruth por aquellas noches invernales; para ella suponían solamente un período frío y deprimente en el que su tos se tornaba más fastidiosa y el dolor en el costado más intenso de lo habitual. Sin embargo, puso su brazo alrededor del cuello de Ruth y permaneció junto a ella, satisfecha de que aquella huérfana aprendiz, que no estaba aún curtida en las dificultades de la sastrería, encontrase tantas cosas buenas incluso en un acontecimiento tan ordinario como una gélida noche.

Continuaron absortas en sus propios pensamientos hasta que escucharon los pasos de la señora Mason y cada una volvió, sin cena pero reanimada, a su asiento.

El puesto de Ruth era el más frío y oscuro del cuarto, pero era su preferido. Lo había elegido instintivamente por la pared que tenía enfrente, sobre la cual se podían apreciar todavía vestigios de la belleza del antiguo salón, que en otro tiempo debía haber sido magnífico a juzgar por los rastros descoloridos que perduraban. Estaba dividido en paneles de un verde mar pálido, iluminado con blanco y oro. Sobre estos paneles estaban dibujadas —arrojadas allí por la mano espontánea y triunfante del maestro— preciosísimas guirnaldas de flores, exuberantes y hermosas más allá de cualquier descripción y tan reales que se tenía la impresión de oler su perfume y escuchar el viento del sur susurrar entre las rosas carmesí, los ramitos de lilas violeta y blancas, y los sinuosos ramos de labiérnago de trenzas doradas. Junto a ellos, majestuosos lirios blancos consagrados a la Virgen, malvarrosa, fresnillos, acónitos, pensamientos y prímulas; todas las flores que brotaban a raudales en los encantadores jardines, al viejo estilo de la campiña, estaban presentes, dibujados con su elegante follaje y no con el desorden salvaje con el que los he enumerado. En la parte inferior del panel había un ramo de acebo, cuya severa rigidez estaba dulcificada por un entrelazado drapeado de hiedra inglesa, muérdago y acónito invernal, mientras a ambos lados descendían más guirnaldas de flores primaverales y otoñales; y coronándolo todo aparecía el verano, espléndido con sus dulces rosas almizcladas y las flores de junio y julio cargadas de color.

Monnoyer*, o cualquiera que fuera el artista ahora ya muerto y enterrado, estaría sin duda satisfecho si tuviera

*J.B.Monnoyer (1636-1699). Pintor franco-flamenco especializado en tema floral. (N.T.)

conocimiento del placer que su obra, incluso en su decadencia, suscitaba en el corazón de la joven muchacha. Aquellas flores, en efecto, hacían aparecer como por arte de magia, visiones de otras flores gemelas que crecían, florecían y se marchitaban en la lontananza, en su vieja casa.

La señora Mason deseaba que aquella madrugada sus trabajadoras se esforzaran especialmente, ya que la noche siguiente se celebraba el baile anual de la caza del zorro —el único acontecimiento alegre del pueblo desde que los bailes públicos habían sido suspendidos—. Muchos eran los vestidos que la señora Mason se había comprometido a entregar a domicilio y «sin defectos» a la mañana siguiente; no había dejado escapar ni siquiera uno, por miedo a que pudieran caer en manos de la competencia, una modista que acababa de abrir su negocio en la misma calle.

La señora Mason, percibiendo que el ánimo comenzaba a decaer, decidió estimular a las jóvenes y con un pequeño carraspeo para llamar su atención, dijo:

—Señoritas, tengo el placer de comunicarles que como en ocasiones precedentes, también este año me han propuesto concederle a alguna de ustedes el privilegio de estar presentes en la antecámara del salón donde se celebrará el baile. Las elegidas deberán estar preparadas con listones para el calzado, broches, alfileres y cosas de este tipo, para remendar los vestidos de las damas en el caso de que accidentalmente sufrieran algún deterioro. Mandaré a cuatro de las más diligentes.

Enfatizó las últimas palabras sin obtener gran resultado. Las muchachas estaban demasiado somnolientas como para interesarse por lujos y vanidades o cualquier placer, a excepción de un cosa: sus camas.

La señora Mason era una mujer noble, pero como tantas otras mujeres nobles, tenía sus pequeñas manías; una

de ellas —muy común en su profesión— era la de prestar una extrema atención a las apariencias. Por tanto, en su interior ya había seleccionado a las cuatro jovencitas que le darían una mayor distinción a su «empresa»; las muchachas ya habían sido elegidas en secreto, pero era más respetable otorgar la recompensa a las más aplicadas. No advertía la falsedad de su proceder; era una experta en aquella especie de falacia con la que las personas se persuaden a sí mismas de que aquello que quieren hacer es lo justo.

Al final ya no era posible negar las señales del cansancio. Se les anunció a las muchachas que podían irse a dormir, e incluso tan grata orden fue lánguidamente obedecida: doblaron sus costuras pausadamente moviéndose con paso lento hasta que, después de un largo tiempo, colocaron todo en su sitio y salieron en grupo por la amplia y oscura escalinata.

—¡Oh! ¿Cómo podré resistir cinco años de noches tan terribles como ésta? ¡En aquella estancia tan reducida y con ese silencio oprimente que deja escuchar hasta el más mínimo rumor del hilo que se mueve eternamente adelante y atrás! —sollozó Ruth, arrojándose en la cama sin ni siquiera desvestirse.

—¡Ánimo Ruth!, sabes que no será siempre como esta noche. Normalmente estamos en la cama sobre las diez, y verás que con el tiempo no repararás en la angostura del cuarto. Esta noche estás exhausta, de otro modo no habrías prestado atención al ruido de la aguja; yo no lo oigo jamás. Ven, deja que te desate el vestido —dijo Jenny.

—¿Para qué desvestirse? En tres horas debemos estar de nuevo en pie para trabajar.

—Y en estas tres horas podrás descansar un poco si te desvistes y te metes en la cama como debe ser. Ven, querida.

Ruth no opuso resistencia al consejo de Jenny, pero antes de caer dormida dijo:

—¡Oh! No quisiera estar de tan mal humor ni tan irritable. No creo haberlo sido en el pasado.

—¡No! Estoy segura de que no. La mayoría de las chicas nuevas pierden la paciencia al principio, pero después lo superan y ya no hacen caso de nada. ¡Pobre chiquilla, si ya se ha dormido! —dijo Jenny para sí misma.

Pero Jenny no consiguió dormir ni siquiera descansar. El costado le dolía más de lo habitual. Pensó que debería haberlo mencionado en las cartas que escribía a su casa, pero después recordó la cuota que su padre había pagado —no sin esfuerzo— y a los miembros de su numerosa familia —más jóvenes que ella—, de los cuales debía hacerse cargo, por lo que decidió resistir confiando en que el dolor y la tos pasarían con la llegada de la nueva estación. Sería prudente.

¿Cuál era el problema de Ruth? Lloraba en sueños como si el corazón se le estuviera despedazando. Un sueño así de agitado no le serviría de descanso alguno, por lo que Jenny decidió despertarla.

—¡Ruth! ¡Ruth!

—¡Oh Jenny! —dijo Ruth sentándose en la cama y echando hacia atrás los mechones de pelo que le quemaban la frente—. Me ha parecido ver a mi madre junto a mi cama que, como siempre, venía a comprobar que yo dormía placidamente, y cuando traté de sujetarla desapareció y me dejó sola. ¡No sé a dónde ha ido, es tan extraño!

—Fue sólo un sueño. Me has hablado de ella y estás febril por permanecer en pie hasta tan tarde. Ponte a dormir de nuevo. Yo velaré por ti y te despertaré si te veo agitada.

—Estarás cansadísima. ¡Oh, Señor! —Ruth se había dormido de nuevo mientras se lamentaba.

Llegó la mañana y aunque el descanso había sido corto, las muchachas se levantaron reanimadas.

—Señorita Sutton, señorita Jennings, señorita Booth y señorita Hilton, procuren estar listas para acompañarme al salón de baile a las ocho en punto.

Una o dos jóvenes se quedaron asombradas, pero la mayor parte de ellas, habiendo anticipado la selección y conociendo por experiencia la regla no escrita por la que se regía, recibieron la noticia con una sombría indiferencia que se había convertido en su único reproche contra la mayoría de las situaciones —un amortiguado sentido fruto de su modo antinatural de existencia, con jornadas sedentarias y frecuentes vigiliias nocturnas.

Pero para Ruth era inexplicable: ¡Había bostezado, holgazaneado, observado el bello panel de la pared y se había perdido en pensamientos sobre su casa, hasta tal punto que esperaba la gran reprimenda que con toda seguridad habría recibido en cualquier otra circunstancia, y en vez de esto —para su sorpresa—, había sido elegida como una de las más diligentes!

Por más que anhelase ardientemente ver el magnífico salón de baile —orgullo de la provincia—, observar de reojo a los bailarines y escuchar a la orquesta; por más que desease un poco de distracción de la monótona y tediosa vida que llevaba, no obstante, no habría podido sentirse feliz aceptando un privilegio que se le había concedido, como suponía, por ignorancia del verdadero estado de las cosas. Y así sorprendió a sus compañeras alzándose bruscamente y dirigiéndose a la señora Mason, quien terminaba un vestido que debía haber sido entregado a domicilio hacía ya dos horas.

—Si me permite, señora Mason, yo no he sido una de las más cumplidoras. Lo siento pero creo que he estado le-

jos de ser una de las más diligentes. Estaba muy cansada y no he podido hacer otra cosa que pensar, y cuando pienso no puedo atender a mi trabajo. —Creuyendo haberse explicado convenientemente, se detuvo, pero la señora Mason parecía no entenderla y no quiso más aclaraciones.

—Bien, querida, debe usted aprender a pensar y trabajar al mismo tiempo. Y si no consigue hacer ambas cosas, debe dejar de lado las divagaciones. Su tutor, como usted bien sabe, espera que haga grandes progresos en su carrera y estoy segura de que no le agradaría decepcionarle.

Pero no era esa la cuestión y Ruth permaneció inmóvil un instante, si bien la señora Mason había retomado su trabajo de un modo tal, que cualquiera, excepto una «novata», habría inmediatamente comprendido que no deseaba continuar con la conversación.

—Pero no he estado aplicada, no debería asistir, señora. La señorita Woods ha sido mucho más diligente que yo, y como ella muchas otras.

—¡Qué muchacha más irritante! —refunfuñó la señora Mason—. Estoy comenzando a pensar en dejarla en casa por cuánto me está atormentando. Pero después, levantando la mirada, quedó nuevamente deslumbrada por la notable belleza de Ruth; un gran honor para la casa, con el sinuoso perfil de su figura, el rostro hermoso, las cejas y pestañas oscuras que contrastaban con su cabello castaño rojizo. ¡No! Diligente o perezosa, Ruth Hilton acudiría esa noche.

»Señorita Hilton —dijo la señora Mason con severa dignidad—, no estoy acostumbrada —como las muchachas le pueden confirmar— a que mis decisiones sean puestas en entredicho. Aquello que digo, lo pienso; y tengo mis razones. Así que, por favor, siéntese y cuídese de estar preparada para las ocho. No tengo nada más que decir —sentenció, creyendo que Ruth iba a hablar de nuevo.

—¡Jenny! Deberías ir tú, no yo —exclamó Ruth en voz alta a la señorita Woods en cuanto tomó asiento junto a ella.

—¡Calla, Ruth! Yo no podría asistir ni aunque fuera autorizada, a causa de mi tos. Y si tuviera que ceder mi puesto, sería a ti y a nadie más. Imagínatelo así, goza de la velada como si fuera un regalo mío y luego, esta noche cuando vuelvas, me describes todo con detalle.

—¡Está bien! Lo tomaré así y no como si me lo hubiera merecido, cosa que no he hecho. Así que, gracias. No puedes imaginarte cómo voy a disfrutar ahora. La noche pasada, tras tener conocimiento de esta oportunidad, trabajé laboriosamente durante cinco minutos: ¡Deseaba tanto acudir! ¡Oh, Dios mío! ¡Escucharé de veras una orquesta! ¡Y podré ver el interior de aquel maravilloso salón de baile!

II

EL BAILE

Llegado el momento, aquella noche, antes de dirigirse hacia el salón de baile, la señora Mason llamó a su presencia a «sus muchachas» para inspeccionar su apariencia. El modo brusco, solemne y precipitado con el que las convocó, no distó mucho de aquel de una gallina que agrupa cacareando a sus pollitos; y a juzgar por el cuidadoso reconocimiento que sufrieron las niñas, se podría pensar que aquella noche tenían un importante papel más allá del de simples doncellas.

—¿Éste es su mejor vestido, señorita Hilton? —preguntó con cierto descontento la señora Mason a Ruth, obligándola a girarse. Era su vestido negro de noche de los domingos y sin embargo estaba andrajoso y harapiento.

—Sí, señora —respondió Ruth con tono pensativo.

—¡Oh! Está bien —de nuevo con un cierto descontento—. El vestido, jovencitas, es un factor secundario. El comportamiento es lo verdaderamente importante. Y sin embargo, señorita Hilton, creo que debería escribir a su tu-

tor que le enviase dinero para un nuevo vestido de noche. ¡Cuánto siento no haberlo pensado antes!

—Aunque le escribiera no creo que me lo enviase —respondió Ruth en voz baja—. Le pedí un chal con la llegada del frío y se enojó muchísimo.

La señora Mason le dio un pequeño empujoncito y Ruth se puso de nuevo en fila junto a su amiga, la señorita Woods.

—No te preocupes Ruthie. Eres la más hermosa de todas ellas —dijo una muchacha alegre y afable cuyo aspecto vulgar le ahorraba la envidia de la rivalidad.

—Sí, sé que soy bella —dijo Ruth con tristeza—, pero me disgusta no tener un vestido de fiesta mejor: éste decididamente está andrajoso. Me avergüenzo de mí misma y siento que la señora Mason se avergüenza el doble que yo. Quisiera no tener que ir. No imaginaba en absoluto que debíamos pensar en nuestro vestido, de otro modo no hubiera deseado asistir.

—No te inquietes Ruth —dijo Jenny—, la señora Mason ya te ha inspeccionado y pronto estará demasiado ocupada como para interesarse por ti y tu vestido.

—¿Has escuchado? Ruth ha dicho que se siente bella —susurró una jovencita en un tono lo suficientemente alto como para que Ruth pudiera oír sus palabras.

—No podría no sentirme bella —respondió ella con humildad—, me lo han dicho siempre.

Finalmente los preparativos concluyeron y las jóvenes se adentraron con paso ligero en aquella gélida noche. Para Ruth, sentir aquel aire fresco fue tan estimulante que por poco no se puso a dar saltos, olvidándose casi por completo del harapiento vestido y de su avaro tutor.

El salón de baile era todavía más imponente de lo que Ruth había imaginado. Las figuras dibujadas en la pared trasera de la escalera, a baja luz, parecían espectros que

observaban con la mirada fija, más allá de los oscuros tapices.

Las jóvenes costureras debían acomodar sus utensilios sobre las mesas de la antecámara y dejarlo todo preparado antes de aventurarse a curiosear en la sala de baile, donde los músicos afinaban ya sus instrumentos y una o dos mujeres de la limpieza —¡qué extraño contraste entre su mugriento atuendo, tan andrajoso, su charloteo incesante y el eco majestuoso del salón!— terminaban de desempolvar bancos y sillas.

Las mujeres de la limpieza abandonaron el salón cuando Ruth y sus compañeras entraron. Si en la antecámara habían charlado con ligereza y alegría, ahora enmudecieron impresionadas ante la regia magnificencia del enorme recinto: era tan grande que apenas se distinguían los objetos situados al otro extremo de la sala, como a través de la neblina.

Todos los cuadros que colgaban alrededor de la sala eran imágenes de cuerpo entero de los nobles del condado, que vestían toda clase de indumentaria desde los tiempos de Holbein* hasta la época actual. El alto techo no se distinguía con claridad ya que las lámparas no estaban iluminadas aún del todo; pero por la gótica ventana ricamente ilustrada, que se encontraba en un extremo de la sala, se filtraban los rayos lunares que caían multicolores sobre el pavimento, ridiculizando con su vivacidad los fútiles esfuerzos de la luz artificial por iluminar su pequeño firmamento.

Los músicos provocaban una gran confusión probando de un modo inconexo las notas musicales con las que no se sentían seguros. Seguidamente dejaron de tocar y se

*Hans Holbein el Viejo (1465-1524) e hijo: Hans Holbein el Joven (1497-1543). Pintores alemanes a caballo entre el estilo gótico y el estilo renacentista. Gaskell se refiere probablemente al segundo, que fue retratista oficial de la corte de Enrique VIII. (N.T.)

pusieron a charlar. Sus voces resonaban como vocecillas de duendes dentro de sus escondrijos, mientras algunas velas eran trasladadas de aquí para allá con gran vacilación, recordándole a Ruth el movimiento oscilante de los fuegos fatuos.

De repente la sala se iluminó con una danza de luces y Ruth se sintió menos amedrentada por su aspecto y mucho más deseosa de obedecer las rígidas imposiciones dictadas por la señora Mason a su «rebaño errante», que cuando todo estaba oscuro y tenebroso. Al momento las muchachas estaban ocupadas asistiendo a las damas que hacían cola en la entrada y cuyas voces se alzaban sobre el sonido amortiguado de la orquesta que tanto había deseado escuchar Ruth. Sin embargo, si un placer era inferior a cuanto había imaginado, otro resultaba ser más grandioso.

«A condición» de tomar una cierta cantidad de pequeñas precauciones —que Ruth pensó que la señora Mason no terminaría nunca de enumerar—, les fue concedida a las muchachas la posibilidad de situarse detrás de una puerta lateral para poder contemplar los bailes. ¡Era una vista maravillosa! La élite del condado bailaba, se movía al ritmo de una música envolvente. Aquellas que de lejos parecían guirnalda de hadas, de cerca se revelaban como mujeres maravillosas, investidas de toda la belleza que un elegante vestido puede proporcionar, e indiferentes a las miradas de quienes las observaban extasiados.

Fuera todo era frío, gris y uniforme: una capa de nieve lo cubría todo. Pero el interior era cálido, luminoso y vivaz; las flores perfumaban el ambiente —ya fuera coronando las cabezas o adornando los escotes—, como en pleno verano. Los ojos se colmaron de colores brillantes, que después, con el movimiento veloz del baile, desaparecían sustituidos por otros igualmente espléndidos. Las sonrisas formaban ho-

yuelos en los rostros, y a cada pausa de la música, serpenteaba por la sala un murmullo confuso de felicidad.

Ruth no se ocupaba en distinguir aquellas figuras que formaban un conjunto alegre y radiante; se contentaba simplemente con mirarlas y soñar con aquel estilo de vida despreocupado, en el que la música, la profusión de flores, joyas, elegancia y belleza —variopinta pero armoniosa—, estaba a la orden del día. No deseaba saber la identidad de aquellas personas, si bien sus compañeras parecían encontrar gran deleite en conocer la lista de invitados.

A decir verdad, a Ruth le importunaba escuchar aquel extenso listado de nombres, y para evitar el shock de una caída demasiado brusca al mundo real de las «señoras Smith» y los «señores Thompson», decidió ocupar de nuevo su puesto en la antecámara. Y permaneció allí pensando y soñando. Una voz cercana la devolvió de pronto a la cruda realidad. Una dama había sufrido un infortunio: su vestido de un finísimo tejido y adornado con múltiples ramilletes de flores, se había descosido al desprenderse uno de estos mientras bailaba. La joven dama había rogado a su caballero que la acompañara a arreglar su vestido a la cámara donde debían estar las costureras. Pero Ruth era la única que se encontraba allí.

—¿Debo dejarla? —preguntó el caballero—. ¿Desea que me ausente?

—¡Oh, no! —replicó la joven—. Bastarán unas pocas puntadas para retocarlo. Además no encontraría el valor para entrar de nuevo en el salón yo sola. —Hasta ese momento había hablado con dulzura y gentileza pero cuando se dirigió a Ruth su voz se tornó fría y autoritaria—. Date prisa —dijo—. No me tengas aquí una hora.

Era una dama muy hermosa, con largos tirabuzones oscuros y unos brillantes ojos negros que habían cautiva-

do a Ruth cuando ésta le lanzó una fugaz mirada antes de arrodillarse para coser el vestido. También tuvo tiempo de observar que el caballero era joven y elegante.

—¡Oh, qué delicioso *galop*!* ¡Quiero bailar! ¿Estará arreglado algún día este vestido? ¡Estás tardando demasiado y yo me muero por regresar a tiempo de bailar este *galop*!

Ostentando una impaciencia casi infantil, la joven dama comenzó a mover el pie al ritmo de la vivaz melodía que la orquesta estaba tocando. Ruth no era capaz de remendar el vestido con aquel movimiento continuo y levantó la mirada con el deseo de protestar. Pero apenas alzó la cabeza vio la mirada del caballero que estaba junto a ella; delataba tal diversión por toda aquella clase de gestos de su bella dama, que Ruth, contagiada de su sentimiento tuvo que inclinar la cabeza para esconder la incipiente sonrisa que comenzaba a dibujarse en su rostro. Aun así, no evitó que él la viese, atrayendo su atención hacia aquella figura arrodillada que vestida de negro hasta el cuello y con la cabeza inclinada sobre la costura, revelaba un notable contraste con la damisela frívola, alegre y engreída que yacía sentada a la espera de ser servida con un aire altivo y arrogante, propio de una reina en su trono.

—¡Oh, señor Bellingham! ¡Cuánto me incomoda entretenerle así! No tenía idea de que alguien pudiera emplear tanto tiempo en arreglar un descosido tan pequeño. No me extraña que la señora Mason pida tanto dinero por confeccionar los vestidos si sus trabajadoras son así de lentas.

Aquella frase fue pronunciada en tono jocoso pero el señor Bellingham tenía el semblante serio. Observó cómo aquella bella mejilla que sólo veía parcialmente adquirió un color rojo escarlata por la desazón. Tomó una vela de la

* Galop: Danza húngara, de uso también en otros países.

mesa y la sujetó de modo que Ruth recibiera más luz. Ella no alzó la mirada para agradecerse por miedo a que pudiera vislumbrar la sonrisa que le había robado.

—Siento haber tardado tanto, señora —dijo Ruth gentilmente cuando terminó su trabajo—. Temía que pudiera descoserse de nuevo si no lo remendaba con cuidado.

Después se levantó.

—Hubiera preferido que me lacerasen antes que perderme aquel encantador *galop* —dijo la joven sacudiendo su vestido como un pájaro bate sus alas.

—¿Vamos, señor Bellingham? —añadió mirándole.

Bellingham se sorprendió de que su dama no dirigiera palabra ni gesto alguno de agradecimiento a su asistente. Tomó una camelia que alguien había dejado en la mesa, diciendo:

—Consienta, señorita Duncombe, ofrecérsela en su nombre a esta muchacha como gesto de gratitud por su diligente ayuda.

—¡Oh, por supuesto! —dijo ella.

Ruth recibió la flor en silencio, pero hizo un ademán austero y modesto con la cabeza. Cuando se fueron se quedó sola de nuevo. Poco después regresaron sus compañeras.

—¿Qué problema tenía la señorita Duncombe? ¿Ha venido aquí? —preguntaron.

—Sólo tenía un descosido en su vestido de encaje y se lo he arreglado —respondió Ruth en voz baja.

—¿El señor Bellingham ha venido con ella? Dicen que la va a desposar. ¿Vino con ella, Ruth?

—¡Sí! dijo Ruth, que quedó de nuevo en silencio.

El señor Bellingham regresó al baile y se mostró feliz y alegre toda la noche, coqueteando con la señorita Ducombe como le pareció oportuno. Sin embargo, no perdía de vista la puerta lateral donde se encontraban las aprendices; por

un momento reconoció la alta figura y la morena cabelle-
ra de la muchacha del vestido negro, y su mirada buscó la
camelia. Estaba allí, blanca como la nieve en su pecho, en
toda su lozanía. Y bailó más feliz que nunca.

El alba frío y gris iluminaba misteriosamente las ca-
lles cuando la señora Mason y su escuadra regresaron a
casa. Las farolas estaban apagadas y las contraventanas de
los comercios y de las habitaciones no estaban aún abier-
tas. Todos los ruidos producían un eco desconocido a la
luz del día. Un mendigo sin techo estaba sentado sobre las
escaleras de una puerta —durmiendo y temblando—, con
la cabeza metida entre las rodillas o apoyada contra el frío
y duro muro.

Ruth sentía cómo el «sueño» se desvanecía y se pre-
cipitaba de nuevo al mundo real. ¿Cuánto tiempo pasaría
—incluso siendo afortunada—, antes de volver a pisar el
salón de baile, escuchar una orquesta o ver de nuevo a aque-
llas personas espléndidas y felices que parecían no tener
ninguna pena o preocupación, como si pertenecieran a otra
raza de seres humanos? ¡Aquella gente no estaría nunca
obligada a negarse un deseo y mucho menos una necesidad!
Sus vidas parecían, tanto en sentido literal como figurado,
vagar por caminos de placer colmados de flores. Para Ruth,
sólo había un invierno frío y amargo, incluso para aquellos
pobres mendigos era una estación casi mortal. Pero para la
señorita Duncombe y sus iguales, era un periodo alegre y
feliz en el que aún brotaban las flores, crepitaban los fuegos
y la prosperidad y el desahogo formaban parte de sus vidas
como regalo de las hadas. ¿Qué sabían ellos del significado
de aquella palabra, tan horrible para los pobres? ¿Qué era el
invierno para ellos? Pero Ruth tenía la impresión de que el
señor Bellingham entendía los sentimientos de las personas
alejadas de su misma clase social. Había alzado las cortini-

llas de su carroza con verdadera emoción. Estaba segura. Ruth le había estado observando.

Ni siquiera sospechaba que aquella preciosa camelia la hacía aparecer aún más bella. Pensaba que era sólo su exquisita delicadeza la que atraía su atención. Relató a Jenny con detalle cómo se la había regalado, mirándola abierta y profundamente a los ojos.

—¿No ha sido un gesto gentil de su parte? No puedes imaginar con cuánta elegancia lo ha hecho, incluso cuando yo estaba muy avergonzada por el trato descortés de ella.

—Ha sido verdaderamente gentil —replicó Jenny—. ¡Una flor preciosa! ¡Desearía que tuviese algún perfume!

—A mí me gusta así tal cual; es perfecta. ¡Tan pura! —dijo Ruth aferrando su tesoro mientras lo metía en agua—. ¿Quién es el señor Bellingham?

—Es el hijo de la señora Bellingham del Priorato, para quien hemos confeccionado el abrigo de satén gris —respondió Jenny con voz somnolienta.

—Ha sido antes de que yo llegase a trabajar a la sastretería —dijo Ruth. Pero no obtuvo respuesta. Jenny ya se había dormido.

Transcurrió mucho tiempo antes de que Ruth siguiera su ejemplo. Aún siendo un día invernal, la clara luz de la mañana le acariciaba el semblante mientras sonreía en sueños. Jenny no la despertó, pero observó su rostro con admiración: ¡se veía tan bello en su felicidad!

—Está soñando con la noche pasada —pensó Jenny.

Era cierto, pero una persona revoloteaba por encima de todo en sus fantasías, ofreciéndole una flor tras otra en aquel hermoso sueño matutino que concluyó demasiado pronto. En el sueño de la noche anterior, Ruth había visto a su madre muerta y se había despertado en un mar de lágrimas. Y ahora, soñaba con el señor Bellingham y sonreía.

Y sin embargo, ¿no era éste un sueño aún más cruel que el primero?

La realidad de la vida, aquella mañana, parecía rasgarle el corazón más fuertemente de lo habitual. La madrugada de las noches precedentes y quizás la excitación de la velada anterior la habían predispuesto a sobrellevar con paciencia las adversidades y aflicciones que asediaban, de tanto en tanto, a las muchachas de la señora Mason.

Porque la señora Mason, aunque fuera la modista más notable del condado, era humana después de todo, y sufría por las mismas razones que afligían a sus aprendices. Aquella mañana era propensa a encontrar defectos a todo y en todo. Parecía que se había despertado resuelta a poner en orden el mundo —al menos el suyo—, con todo lo que ello suponía, antes de que llegase la noche. Y así los abusos y negligencias que por largo tiempo no había reprochado o se había limitado a hacer oídos sordos, aquel día salieron todos a la luz y fueron censurados duramente. En momentos como ese, sólo la perfección lograba satisfacerla.

La señora Mason tenía sus propias ideas de justicia, pero no eran precisamente buenas y justas. Eran similares a las ideas de igualdad de un tendero o un vendedor de té. El pequeño exceso de indulgencia de la noche anterior debía ser contrarrestado con un exceso de severidad; este modo de corregir los errores pasados satisfacía plenamente su conciencia.

Ruth no se sentía capaz de hacer un esfuerzo adicional y necesitó poner a prueba todas sus facultades para contentar a su superiora. La sastrería centelleaba de órdenes tajantes.

—¡Señorita Hilton! ¿Dónde ha puesto el persa azul? ¡Cada vez que no logro encontrar algo, sé que esa tarde le ha tocado ordenar a la señorita Hilton!

—La pasada noche Ruth tuvo que salir, por eso me ofrecí a ordenar el taller por ella. Lo encontraré inmediatamente, señora —respondió una de las jóvenes.

—Oh, soy muy consciente de las costumbres de la señorita Hilton de descargar sus deberes y obligaciones sobre cualquiera que pueda ser inducido a relevarla —replicó la señora Mason.

Ruth enrojeció y estalló en lágrimas, pero estaba tan segura de la falsedad de las acusaciones que, reprochándose a sí misma haber explotado de aquel modo, levantó la cabeza y miró orgullosa a su alrededor como apelando a sus compañeras.

—¿Dónde está la falda del traje de lady Farnham? ¡No le habéis cosido los volantes! ¡Estoy estupefacta! ¿Puedo preguntar a quién se le encargó ayer ese trabajo? —preguntó la señora Mason, fijando la mirada sobre Ruth.

—Debería haberlo hecho yo, pero cometí un error y tuve que deshacerlo. Lo siento mucho.

—Podría haberlo adivinado. ¡Seguro! ¡Está claro que cuando un trabajo se descuida y se echa a perder, no hace falta mucho para descubrir en qué manos ha caído!

Todas estas reprimendas las recibió Ruth justamente el día en que estaba menos dispuesta a soportarlas con serenidad de ánimo.

Aquella tarde la señora Mason tuvo que viajar a la campiña, a unas millas de distancia. Dejó una cantidad infinita de disposiciones, órdenes, instrucciones y prohibiciones y finalmente se marchó. Aliviada por su ausencia Ruth cruzó los brazos sobre la mesa y agachando la cabeza comenzó a llorar a raudales con sollozos débiles e incontrolados.

—No llore señorita Hilton.

—Ruthie, no te preocupes por el «viejo dragón».

—¿Cómo vas a resistir otros cinco años, si no aprendes a ser indiferente a sus regañinas?

De este modo las jóvenes aprendices mostraban su compasión y le daban consuelo. Jenny, con mayor conocimiento del dolor y de sus remedios, dijo:

—Fanny Barton ¿por qué no dejas que Ruth vaya a hacer los recados en tu lugar? El aire fresco le sentará bien y recuerda que a ti te desagradan los vientos fríos del este, mientras Ruth disfruta con la escarcha, la nieve y cualquier tipo de clima frío.

Fanny Barton era una amable muchacha de aspecto somnoliento, que en aquel preciso momento se estaba calentando junto al fuego. Nadie más que ella quería ahorrarse una caminata en aquel atardecer desapacible, en el cual el viento del este soplaba con tanta fuerza que barría la nieve de la calle. Quienes no estaban absolutamente obligados a dejar sus cálidos hogares, no sentían ninguna tentación de salir. Ciertamente, el anochecer era un momento que invitaba a tomar el té a los humildes habitantes de aquella parte de la ciudad que Ruth debía cruzar para hacer la compra. Apenas alcanzó la colina que hay sobre el río, donde las calles descienden rápidamente hacia el puente, Ruth divisó la llana campiña cubierta de nieve que hacía parecer aún más oscura la cúpula negra del cielo oculto por las nubes, como si la noche invernal no se hubiera ido del todo o hubiera quedado suspendida en los límites de la tierra durante aquella jornada desolada y fría. Más abajo, cerca del puente —donde había una playa ligeramente en pendiente, utilizada como punto de arribo de las barcas capaces de navegar sobre las aguas poco profundas del río—, algunos niños jugaban desafiando al frío. Uno de ellos tenía un gran barreño para la colada y con la ayuda de un remo roto no dejaba de moverse y empujarse de aquí para allá en el riachuelo, levantando una gran

admiración entre sus compañeros que no dejaban de mirar atentos a su héroe, aunque sus caras estaban amoratadas de frío y las manos completamente enfundadas en los bolsillos, albergando la débil esperanza de encontrar un poco de calor en ellos. Quizá temían que si abandonaban su incómoda postura y comenzaban a moverse, el viento, cruelmente, se abriría camino a través de la más mínima fisura de sus raídos atuendos. Estaban apiñados los unos a los otros, inmóviles y con los ojos fijos en el «novato marinero». Finalmente, uno de ellos, envidioso de la reputación que su compañero de juegos estaba conquistando con su proeza, gritó:

—¡Te propongo un reto, Tom! No tienes arrojo para superar aquella línea negra que hay en el agua y llegar al río de verdad.

Por supuesto Tom no podía rehusar el reto y se aventuró hacia la línea negra, más allá de la cual el río fluía regular y constante. Ruth —casi una niña, también ella— permaneció en lo alto de la pendiente observando al pequeño aventurero, inconsciente como el grupo de niños situados más abajo, del peligro que corría. Con el éxito del compañero de juegos, los niños reemplazaron la calmada seriedad de la observación por enérgicos aplausos: batieron las manos, golpearon con vehemencia sus pequeños pies contra el suelo y gritaron:

—Bien hecho, Tom. Has estado grandioso.

Tom quedó por un momento erguido en pie, de frente a sus admiradores, con un comportamiento infantil. Luego, en un instante, la tina que hacía de barca giró de improviso, Tom perdió el equilibrio y cayó. Tanto él como la barca fueron arrastrados, lenta e inexorablemente, por la fuerza del río en tromba que se prolongaba hasta el mar.

Los niños chillaron aterrorizados y Ruth se precipitó hacia la pequeña ensenada, hasta sus aguas bajas, antes de

darse cuenta de lo inútil de su gesto y de que habría sido más sensato buscar una ayuda más eficaz.

Apenas había formulado este pensamiento en su mente cuando la alcanzó el chapoteo —más vigoroso e intenso que el rugido sordo del río—, de un caballo que galopaba en el agua. Pasó junto a ella como un relámpago —nadando en la dirección de la corriente— un jinete encorvado y con el brazo extendido, prensil... ¡Y he aquí, una vida salvada, un niño restituido a sus seres queridos!

Mientras todo esto sucedía, Ruth permaneció inmóvil, aturdida y abrumada por la emoción, y cuando el caballero hizo girar su caballo y subió de nuevo lentamente el río hasta el desembarcadero, reconoció al señor Bellingham de la noche anterior. Llevaba sobre el caballo al niño inconsciente; su cuerpo pendía talmente exánime que Ruth pensó que estaba muerto, llenándosele de pronto los ojos de lágrimas. Vadeó el río hasta alcanzar la playa hacia la cual el señor Bellingham dirigía su caballo.

—¿Está muerto? —preguntó extendiendo los brazos para sujetar al muchacho, notando instintivamente que la posición en la que se encontraba no era precisamente la mejor para hacerle recuperar la consciencia, siempre y cuando esto fuera posible.

—Creo que no —respondió el señor Bellingham dándole al niño antes de desmontar del caballo—. ¿Es su hermano? ¿Sabe usted quién es?

—¡Mire! —exclamó Ruth, que se había sentado en el suelo para colocar al pobre muchacho en una postura más cómoda—. ¡Mueve la cabeza! ¡Está vivo!

»¿Sabe alguien quiénes son sus padres? —preguntó a las personas que sabiendo del incidente se habían acercado al lugar.

—Es el nieto de la vieja Nelly Browson —dijeron.

—Debemos llevarlo a casa inmediatamente —respondió ella—. ¿Vive muy lejos?

—No, no; está muy cerca de aquí.

—Que alguno vaya de inmediato a llamar a un doctor —dijo el señor Bellingham autoritariamente— y lo conduzca sin demora a casa de la anciana señora. No es necesario que lo tenga aún en brazos —continuó, volviéndose hacia Ruth y recordando su rostro por vez primera en ese momento—, su vestido está empapado. Muchacho, ven aquí, retíraselo. ¿No lo ves?

Pero la mano del niño había aferrado ansiosamente el vestido de Ruth y ella no quería perturbarlo. Transportó con gran ternura aquella carga pesada hasta una casa de campo pequeña y mísera, que le indicaron los vecinos. Una vieja señora tambaleante salía al umbral en ese momento, temblando de agitación.

—¡Corazón mío! —dijo—. Es el último de los nuestros y se ha ido antes que yo.

—Tonterías —dijo el señor Bellingham—, el muchacho está vivo y es muy probable que sobreviva.

Pero la inconsolable anciana estaba desesperada e insistía en creer que su nieto estaba muerto. Y en verdad habría muerto de no ser por Ruth y por uno o dos diligentes vecinos, que siguiendo las indicaciones del señor Bellingham, actuaron enérgicamente haciendo todo lo necesario para reanimarlo.

—¡Es increíble cuánto tiempo emplea esta gente en traer un doctor! —dijo el señor Bellingham a Ruth. Entre los dos había brotado una especie de silenciosa alianza por ser únicamente ellos —niños a parte— quienes habían presenciado el accidente y porque un cierto nivel de educación les capacitaba para comprender los pensamientos y las palabras de los demás.

»¡Se requiere tanto esfuerzo para inculcar una idea en la cabeza de personas tan estúpidas! Están ahí pasmados mirándose y preguntándose a qué doctor avisar, como si existiera una gran diferencia entre Brown y Smith, siempre que sepa mantener la sangre fría. No tengo más tiempo que perder aquí; iba a galope cuando reparé en el muchacho y ahora que casi ha gimoteado y abierto los ojos, no veo motivo para permanecer por más tiempo en esta sofocante atmósfera. ¿Puedo formularle una petición? ¿Sería tan gentil de asegurarse de que el jovencito tenga todo aquello que necesite? Si me lo permite, le dejaré mi bolsa —dijo entregándosela a Ruth, quien por su parte, estaba agradecida con la posibilidad de procurarle todo lo necesario al pequeño.

Pero al entrever el oro en el interior de la bolsa, no le gustó la idea de que le confiara a ella una suma tan elevada.

—No quisiera tal cantidad de dinero, señor. Un soberano es bastante, más que suficiente. ¿Puedo coger uno y darle lo que sobre cuando le vuelva a ver? ¿O quizá es mejor que se lo envíe, señor?

—Creo que sería mejor que se quedara con todo por el momento. ¡Oh! Qué lugar tan terriblemente sucio es este; no puedo soportar ni un minuto más. No debería usted quedarse aquí, la envenenará este aire abominable. Venga hacia la puerta, se lo ruego. Pues bien, si piensa que un soberano será suficiente me llevaré mi bolsa. Pero recuerde que puede dirigirse a mí si necesita cualquier ayuda.

Estaban de pie en la puerta, donde alguien cuidaba del caballo del señor Bellingham. Ruth contemplaba a éste con su mirada más ardiente (casi se había olvidado —desconcertada por los acontecimientos de aquella tarde— de la señora Mason y de su encargo) y toda su atención se centraba en descifrar y comprender su interés por la salud del pequeño; y hasta ese instante el niño había sido el único

pensamiento del señor Bellingham. Pero en aquel momento la percepción de la extrema belleza de Ruth lo abrumó. Perdió casi por completo el conocimiento de lo que estaba diciendo, hasta ese punto se sintió fascinado. La noche anterior no había visto sus ojos que ahora le miraban con inocencia, pero ardiente y profundamente. Entonces Ruth, intuyendo ese cambio de expresión en su rostro, entrecerró sus grandes ojos veladamente; y él la encontró todavía más bella.

Sintió entonces un impulso irresistible temiendo no volver a verla en mucho tiempo.

—¡No! —dijo—. Creo que es mejor que se quede con la bolsa. El pobre muchacho podría necesitar muchas cosas que ahora no podemos prever. Si mal no recuerdo hay tres soberanos y alguna moneda suelta. Quizá pueda verla de nuevo trascurridos unos días y si aún le sobra dinero me lo podrá usted devolver.

—Oh, si señor —dijo consciente de las necesidades que podría cubrir, y sin embargo aún asustada por la responsabilidad de tener tanto dinero en su poder.

—¿Existe alguna posibilidad de encontrarnos de nuevo en esta casa? —preguntó él.

—Espero venir cada vez que pueda, señor, pero ahora debo hacer con urgencia mis recados y no sé cuándo podré regresar.

—¡Oh! —el señor Bellingham no comprendió del todo su respuesta—, me gustaría saber cómo evoluciona el pequeño, si no es demasiada molestia; ¿no pasea usted nunca?

—No por el simple placer de pasear, señor.

—Bueno —dijo—, entonces supongo que irá a la iglesia. Espero que la señora Mason no la haga trabajar en domingo.

—Oh, no señor. Voy a la iglesia regularmente.

—Entonces, quizá podría ser tan gentil de decirme a qué iglesia va, para poder verla allí el próximo domingo al atardecer.

—Voy a la iglesia de St. Nicholas, señor. Me ocuparé de darle noticias sobre la salud del muchacho, del doctor que le atiende, y también le daré cuenta del dinero empleado.

—Muy bien, gracias. Recuerde: me fío de usted.

Pretendía decir que confiaba en la promesa de ella de encontrarse con él, pero Ruth interpretó que se refería a la responsabilidad de hacer todo lo que estuviera en su mano por el pequeño.

Mientras se alejaba, el señor Bellingham sintió un nuevo impulso, volvió a la casa y se dirigió a Ruth con una media sonrisa en su rostro:

—Es un poco extraño, pero no hay nadie más que pueda presentarnos. Mi nombre es Bellingham ¿y el suyo?

—Ruth Hilton, señor —respondió ella con un hilo de voz, porque ahora que la conversación no giraba en torno al muchacho, se sentía tímida y cohibida.

Él le tendió la mano y justo en el momento que ella le alargaba la suya, llegó la anciana tambaleante para preguntar algo. La interrupción le enojó y le hizo recordar de nuevo el aire irrespirable, la miseria y la inmundicia que le rodeaba.

—Muy señora mía —dijo a Nelly Browson—, ¿no podría tener su casa un poco más cuidada y limpia? Parece más adecuada para los cerdos que para los seres humanos. En esta habitación hay una atmósfera repugnante, y la porquería y la suciedad son verdaderamente escandalosas.

Y dicho esto, el señor Bellingham montó su caballo y después de hacer una ligera reverencia a Ruth, se marchó.

La vieja estalló en cólera:

—¿Quién se cree para permitirse entrar en casa de una pobre mujer e insultarla? Adecuada para los cerdos, ¿eh? ¿Y usted qué es?

—Es el señor Bellingham —contestó ella consternada por la evidente falta de gratitud de la anciana—. Ha sido él quien ha cabalgado sobre el agua para rescatar a su nieto. Se hubiese ahogado si no hubiera aparecido el señor Bellingham. Por un momento pensé que ambos serían arrastrados por la corriente. ¡Era tan fuerte!

—El río no es tan profundo —dijo la anciana ansiosa por minimizar la deuda que había contraído con la persona que la había ofendido—. Si ese jovenzuelo no hubiese estado en la zona, algún otro habría salvado a mi nieto. Es un niño huérfano, Dios cuida de los desamparados, eso dicen. Preferiría que le hubiese avistado cualquier otra persona, en vez de uno que entra en casa de una pobre desgraciada sólo para insultarla.

—No ha venido sólo para insultarla —dijo Ruth cortemente—. Ha venido con el pequeño Tom. Sólo ha dicho que la casa no está adecuada como debiera.

—¿Cómo? ¿Le defiende? Espere a llegar a mi edad, paralizada por el reumatismo y con un niño como Tom del que ocuparse, que está siempre metido en el barro o en el agua; y teniendo que reunir la comida para los dos (bien sabe Dios que casi siempre estamos fuera y que hago todo lo posible), e ir a buscar el agua hasta la cima de aquella escarpada colina.

La abuela vio interrumpido su discurso por un ataque de tos y Ruth aprovechó para cambiar sabiamente de argumento, preguntándole sobre las necesidades del pequeño, cuestiones que fueron atendidas rápidamente por el médico.

Después de haber dado ciertas recomendaciones a un vecino —a quién le pidió procurar las cosas más impres-

cindibles— y tras haber escuchado al doctor que todo se arreglaría en uno o dos días, Ruth comenzó a temblar al percatarse del tiempo transcurrido en casa de Nelly Brownson y al recordar, con cierto temor, la estrecha vigilancia de la señora Mason sobre las salidas de sus aprendices en los días laborales. Se dirigió a toda prisa hacia los comercios, y mientras intentaba reconducir sus vagos pensamientos hacia las cualidades del rosa y del azul, respectivamente en combinación con el lila, se percató de que había perdido sus patrones; regresó al taller con el género equivocado y con un ataque de desesperación por su propia estupidez.

La verdad es que los acontecimientos de aquella tarde le habían saturado la mente, si bien el rostro de Tom (que ya estaba a salvo y probablemente se repondría) comenzaba a desaparecer de sus pensamientos mientras el del señor Bellingham adquiría un mayor relieve del que había alcanzado en un primer momento. Su valerosa y espontánea acción de galopar en el agua para salvar al niño fue enaltecida por Ruth hasta convertirse en la más heroica y temeraria de las empresas. El interés que el señor Bellingham había mostrado por el pequeño era, a ojos de ella, tierna y entrañable benevolencia; el solícito desprendimiento del dinero se convertía en elegante generosidad. Ruth olvidaba que la generosidad implica un cierto grado de abnegación y además estaba agradecida por la posibilidad —que él le había otorgado— de dispensar consuelo. Por su mente pasaban visiones sobre cómo reducir el gasto, como si fuese El-Ashshar*, cuando la necesidad de abrir el portal de la

*El-Ashshar es un personaje de una de las novelas recopiladas en *Las mil y una noches*. En el relato titulado *Historia del quinto hermano del barbero*, se habla de un tal El-Ashshar que deseaba vender una cristalería. Sin embargo, absorto con la idea de la riqueza que hubiera podido obtener, golpea accidentalmente la cristalería con el pie rompiéndola en mil pedazos. (N.T.)

señora Mason la devolvió a su realidad actual y al temor de una regañina inmediata.

Esta vez, sin embargo, se la ahorró, pero por tal razón que hubiese preferido ser castigada antes que permanecer impune. Durante su ausencia, la dificultad de Jenny para respirar se había incrementado de improviso y las muchachas la habían llevado, por su propia iniciativa, a la cama; la rodeaban consternadas cuando el regreso de la señora Mason (sólo algunos minutos antes de la llegada de Ruth), les hizo volver a la sastrería a la carrera.

Y entonces, en el taller todo fue confusión y agitación para la señora Mason y las muchachas; era preciso enviar a buscar un médico; se debía eximir a la encargada —demasiado enferma para tomar decisiones— de la obligación de trabajar en esas circunstancias; se debía imponer un castigo —no demasiado severo— a un grupo de muchachas asustadas, sin excluir a la propia enferma, culpable de su inoportuna dolencia. En medio de todo este caos, Ruth se deslizó de puntillas hasta su puesto, con el corazón entristecido por la indisposición de la amable encargada. Hubiera asistido voluntariosa a Jenny y deseaba hacerlo ansiosamente, pero era indispensable ponerse inmediatamente a trabajar. Para cuidar de la enferma —al menos hasta la llegada de su madre—, habrían estado más que cualificadas sus manos, por otro lado inexpertas en el trabajo fino y delicado. Entre tanto, la sastrería requería más celo de lo habitual y Ruth no tuvo oportunidad de ir a casa del pequeño Tom y realizar los planes que se había propuesto, esto es, ofrecerle a él y a su abuela una vida más confortable. Se arrepintió de la impulsiva promesa hecha al señor Bellingham de ocuparse del bienestar del niño. Todo lo que podía hacer lo hizo gracias a la doncella de la señora Mason, a través de la cual estaba informada y mandaba la ayuda necesaria.

La enfermedad de Jenny era el tema principal en la casa. Ruth comenzó a narrar su aventura pero cuando llegó al momento crítico de la caída al agua del muchacho, alguien llegó con noticias de Jenny, suscitando un gran interés en las jóvenes y Ruth interrumpió su relato, casi reprochándose haber dado importancia a otra cosa que no fuera la cuestión de vida o muerte que se estaba decidiendo en aquella misma casa.

Al poco apareció una pálida señora de aspecto gentil que procedía de un modo apocado y se murmuró que era la madre de la niña que llegaba a asistirle. La mujer les gustaba a todos: tenía un aspecto tan dulce, daba tan poco trabajo y parecía tan paciente y agradecida cada vez que alguien le solicitaba información sobre su hija, cuya enfermedad —a pesar de que su gravedad había disminuido— probablemente sería muy larga y desagradable. Mientras todo su sentimiento y pensamiento iba dirigido a Jenny, llegó el domingo. La señora Mason, como de costumbre, fue a visitar a su padre, excusándose con la señora Wood por dejarla a ella y a su hija; las aprendices se dispersaron con sus amigos con quienes habitualmente pasaban la jornada; Ruth se acercó a la iglesia de St. Nicholas con el corazón afligido, abatida por Jenny y censurándose por haberse comprometido precipitadamente a hacer aquello que no había sido capaz de cumplir.

Apenas salió de la iglesia fue alcanzada por el señor Bellingham; por una parte Ruth esperaba que se hubiese olvidado de la cita; por otro lado, deseaba librarse de su responsabilidad. Cuando reconoció a su espalda los pasos de él, sus sentimientos encontrados le hicieron latir fuertemente el corazón y deseó ardientemente escapar de allí.

—La señorita Hilton, si no me equivoco —dijo él adelantándola e inclinándose para poder vislumbrar el rostro bermellón de Ruth—. ¿Cómo se encuentra nuestro pequeño

marinero? Espero que bien, a juzgar por los síntomas del otro día.

—Creo, señor, que se halla bastante bien. Lo siento pero no he podido ir a verlo todavía. Lo siento mucho, de verdad, no ha podido ser de otro modo. Pero he comprado algunas cosas a través de otra persona. Las he apuntado todas en esta hoja; y aquí tiene su bolsa, señor, porque temo que no podré hacer nada más por él. Tenemos una enferma en casa que nos tiene muy ocupadas.

Últimamente Ruth estaba tan habituada a ser increpada que esperaba reproches y críticas por no haber cumplido su promesa adecuadamente. Durante el silencio que siguió a su discurso, Ruth no imaginaba que el señor Bellingham estaba más ocupado en buscar una excusa para encontrarla de nuevo que descontento por el hecho de que no le refiriera un informe más detallado del pequeño, por el cual había dejado de sentir interés alguno.

Después de un minuto de pausa, Ruth repitió:

—Siento mucho no haber podido hacer algo más, señor.

—Oh, estoy seguro que ha hecho todo aquello que estaba en sus manos. Ha sido muy desconsiderado por mi parte incrementar sus obligaciones.

«Está disgustado conmigo» —pensó Ruth—, cree que me he desentendido del pequeño, por quien ha puesto en peligro su vida. Si le contase todo, entendería que no he podido hacer nada más, pero no puedo relatarle las penas y preocupaciones que han absorbido mis últimos días.

—Sin embargo, estoy tentado de confiarle otra pequeña misión, si no le roba mucho tiempo y no es un abuso excesivo de su bondad —dijo el señor Bellingham, que había tenido una idea brillante—. ¿La señora Mason vive en He-neage Place, no es cierto? Los antepasados de mi madre vivieron allí hace tiempo. Cuando estaban reformando la casa

la señora Mason se ofreció a mostrarme aquel viejo lugar. En un panel, sobre una de las repisas de la chimenea, había un cuadro con una escena de caza; las figuras eran retratos de mis antepasados. He pensado a menudo en la posibilidad de comprar aquel cuadro, en el caso de que aún estuviera en su poder. ¿Podría averiguarlo por mí y hacérmelo saber el próximo domingo?

—Oh, sí señor —dijo Ruth, gustosa de recibir un encargo que estaba segura de poder satisfacer y ansiosa por remediar su aparente negligencia anterior—. Me informaré nada más regresar a casa y le pediré a la señora Mason que le escriba y le haga saber.

—Gracias —dijo él satisfecho sólo en parte—. Pero, pienso que quizá sería mejor no molestar a la señora Mason en esta historia. Si puede usted cerciorarse de que el cuadro está aún allí, podría tomarme un poco de tiempo para reflexionar y después contactar yo mismo con la señora Mason.

—Muy bien señor, así lo haré.

Y así se separaron.

Antes del domingo siguiente la señora Woods trasladó a su hija a su lejana casa, para que recuperara fuerzas en aquel tranquilo lugar. Ruth, desde una ventana del piso superior, observó a Jenny calle abajo y suspirando larga y profundamente volvió al taller, notando cómo se alejaban de ella la voz pródiga de consejos y su gentil sabiduría.